



El retrato
del número
dos

El retrato del número dos

Marisol Correia

Ilustradora: Laura M. Frantzis P.

http://www.letrealia.com/ed_let/numero2

Editorial
Letrealia
letralia.com/ed_let

*Colección **Infantiles***
Internet, agosto de 2007

Escribir es un arte

pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia**, un espacio virtual para la edición electrónica. La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.

Dicen que siempre es bueno mantener a nuestro niño interno.
A mí me parece, que siempre es mejor mantener a nuestro adulto interno.
Y a nuestro niño, siempre... dejarlo salir.



El retrato del número dos

© 2007 Marisol Correia

© 2007 Editorial Letralia
http://www.letralia.com/ed_let

Capítulo I

Un modelo caprichoso

—El número uno se deja escribir fácil; pero al número dos no le gusta que lo escriban —le decía Laura a su mamá.

—Deja la pereza, niña —sentenciaba su mamá con fuerza—. Tú eres quien no quiere escribirlo.

Laura estaba muy afligida. Ella sí quería escribir al número dos; pero él no se dejaba. Se movía de un lado para otro. Saltaba como loco. Se escondía detrás del número uno. Se ponía a bailar tango con pasos de rap. No había manera de que posara quieto.



Capítulo II

Cadena perpetua

—¡Qué bajo he caído! —dijo el número dos para llamar la atención de Laura.

—¿A qué te refieres? —preguntó la niña.

—¿Te parece poco que esté en un cuaderno de caligrafía después de haber estado en libros de música, de lógica, de física, de química y hasta de filosofía y astrología? Soy un número con mucha experiencia. No merezco esta humillación.

—¿Qué es experiencia? —inquirió boquiabierta.

—Bueno. Es lo que has vivido hasta ahora: los estudios, trabajos y viajes que has realizado.

Al oír esto, Laura sintió una necesidad urgente de no quedar mal con el número dos.

—¡Yo también tengo mucha experiencia y no merezco la humillación de no haber entrado aún al colegio! —Laura estaba a la defensiva—. Fíjate. He realizado estudios del número uno y hasta hice un trabajo en donde lo repetí —la niña tomó aire para enfatizar esto— ¡cinco veces! Además viajo constantemente al parque y a casa de mis abuelos —culminó Laura de exponer su curriculum vitae.

Al número dos no le parecía gran cosa la experiencia de Laura; pero como sabía que era una niña pequeña, decidió ser cortés con ella.

—¡Vaya! A eso se le llama tener mucha experiencia, si me lo preguntas.

Por primera vez, Laura rió ampliamente, sin temor a mostrar que le faltaba un diente. Sin embargo, había algo que aguijoneaba su curiosidad.

—¿Cómo fue que caíste tan bajo?

—La verdad es que todo empezó porque hice una trampa.

—¿En serio? —ahora sí es cierto que la curiosidad le picaba como un enjambre de abejas completo.

—En todos los libros —prosiguió el dos— siempre he estado en la segunda página y el número uno en la primera. Un día se nos ocurrió cambiarnos de página. Así, el libro comenzaba por la página dos y luego le seguía la página uno.

—La página dos, la uno... ¿Y después? —interrumpió Laura quien sólo conocía los números hasta el dos.

—Pues... la tres, la cuatro, la cinco, la seis, etcétera.

A Laura le llamó la atención la palabra «etcétera». Se imaginaba que era un número que nunca antes había escuchado. Se lo imaginaba muy chistoso porque su nombre le provocaba cosquillas en el estómago.

—Los jueces de los números —dijo el dos en voz alta para recobrar la atención de Laura— nos descubrieron en el acto. Nos dieron cadena perpetua, al uno y a mí, en una calculadora. El orden de los números es muy importante. Nunca lo olvides.

—¿Y es muy malo estar dentro de una calculadora?

—Imagínate. Es lo peor. Primero, te encierran en un cuarto oscuro con los demás prisioneros y no sales hasta que te hacen saltar a una pantallita. Luego, te suman y te restan y te multiplican y te dividen. Nunca dejan de hacerlo. Es realmente desagradable. Una vez me sumaron con uno de mis gemelos y nos metieron dentro del número cuatro. Estábamos muy apretados allí dentro. Cuando por fin salimos, nos sumaron y nos multiplicaron tantas veces que nos metieron en el número mil. No te imaginas las veces que nos tuvieron que restar y dividir para sacarnos de ahí.

Laura no pronunció palabra, ya que ella no sabía cuál número era el mil. Ni siquiera sabía si era mayor o menor que veinte. Para ella, el veinte era el número más grande de todos. Una vez, su papá le dio veinte caramelos y eran muchísimos más que dos caramelos.

—Apenas me sacaron del número mil —continuó el número dos— me escapé.

Ahora me escondo en este cuaderno de caligrafía.

—¿Por qué no te escondes en un libro más grande y más importante?

—Porque los cuadernos de caligrafía no levantan sospechas. Además, los niños nunca delatan a sus amigos.

Laura se sentía muy mal. Recordó que había delatado a su amiga Teresa quien robó una galleta de la caja de galletas.

—Yo nunca, nunca, nunquísima te delataré —prometió Laura con la intención de remediar su falta de lealtad con Teresa.



Capítulo III

Mejor no tener cabeza

—¿Por qué no dejas que te escriba? Dime. ¿Tienes miedo de que los jueces de los números vean tu retrato, sepan que estás aquí y te lleven de nuevo preso a la calculadora? —Laura preguntó después de haber meditado por largos minutos.

—No. No es eso —el dos hizo una pausa para pensar—. Te lo diré. Pero no te vayas a ofender. Lo que pasa es que tú aún no sabes escribir bien. Si me retratas feo, el número uno se burlará de mí.

—Pero es que al número uno lo empecé dibujando feo hasta que aprendí a retratarlo bonito. Tú eres muy bello. Si yo te escribo mal, no es algo que sea tu culpa, mucho menos... la mía.

—¿Y de quién es?

—Es obvio que todo es culpa de mi mano. Yo soy inteligente en extremo; pero la mensa de mi mano no entiende cómo debe retratarte —puntualizó Laura de manera radical.

—Pero si un día me muero y sólo quedan los retratos feos que hiciste de mí, la gente me recordará como tal. Nunca sabrán lo bello que fui. ¡Triste muerte espera a aquél cuya imagen ha sido distorsionada por la mano necia de un pintor inteligente! —argumentó el dos con voz solemne y melancólica.

—No te preocupes por eso. Tú nunca morirás. Los números no pueden morir, aunque así lo quisieran —Laura no tenía dudas de lo que decía.

—¿Cómo es que tú sabes eso y yo no lo sé?

—Porque yo sí tengo cabeza para pensar.

—¿Y tú, morirás?

—Sí. Pero cuando esté muy, pero muy, pero más que muy viejita. Más o menos cuando tenga veinte años.

—¡Qué ironía! Tú tienes cabeza para pensar y morirás. Yo no tengo cabeza para pensar y viviré por siempre. Es *mejor no tener cabeza*.

—Claro, para ti es así, porque, a pesar de todo, tú piensas.

—¡Caramba! Gracias por el cumplido.

—Pero... ¿Cómo puedes pensar si no tienes cabeza? —esto le preocupaba mucho a Laura.

—De la misma manera en que muchos tienen cabeza y no piensan —acotó el dos de forma triunfante.

—Pero tú le debes todo a las cabezas de las personas que te inventaron. Si no fuera por ellas, tú nunca hubieses existido. Y eso... es peor que morir —acotó Laura de manera aun más triunfante.

—¡Vaya! ¡Hoy llueven las ironías! ¿Es decir, que yo soy una creación eterna de un creador temporal? —no había dudas de que el dos aprovechó muy bien sus años de estadía en libros de filosofía.

Laura no entendía absolutamente nada. Pero como su orgullo le impedía reconocerlo, optó por seguirle la corriente al dos:

—¡Así es! ¡Qué lluvia de ironías! ¿No? Deberían inventar un paraguas para protegernos de tanta lluvia de ironías. ¿Verdad? Porque podría alguien resfriarse de ironías y tendría que tomar un jarabe para la tos de ironía y, si es muy grave, tendría que inyectarse con anti/ironía. ¿No es así? Además, la pulmonía de ironía sería una enfermedad muy fea y contagiosa. Y tendrían que hacer una cuarentena de ironía ¿Verdad que sí? ¡Caramba! Tienes razón, es *mejor no tener cabeza* —finalizó Laura con su intento de parecer una experta en el tema.

—Sí, sí, claro —dijo el dos con tono de seguridad. Aunque ahora era él quién no entendía nada... pero nada... pero nadita de nadita... de naditica.



Capítulo IV

Una pose disléxica

—¡Déjame dibujarte! ¡Porfa! ¡Porfa! ¡Porfa! ¡Por favorcito! —Laura sabía cómo ser insistente—. Te prometo que nadie verá los retratos feos. Primero, te dibujaré en páginas de prueba. Si sales deslucido, horroroso o defectuoso; las quemaré hasta que no quede evidencia. Si sales agraciado, perfecto y precioso, tal como eres, te copiaré en el cuaderno de caligrafía. ¡Lo prometo por el diente que me falta! Y, si no cumplo, que el ratón no me traiga nada.

El número dos había quedado sin argumentos.

—Está bien —suspiró derrotado—. ¿Qué pose quieres? ¿Quieres que pose de frente, de perfil, de medio lado, al revés, parado o sentado?

—Pues... probemos al revés —dijo la pequeña entre risas.

El dos se volteó y esperó a que Laura terminara de retratarlo. Esto fue muy difícil. El dos se empezó a quejar de mareos. Laura se empezó a quejar porque el dos se movía mucho. Pero, al final lo lograron.

—¡Diantre! No lo has hecho nada mal. Eres una verdadera artista.

El dos estaba realmente impresionado. De verdad que retratarlo al revés es muy difícil. Todos los niños lo saben.

Laura estaba muy orgullosa de su trabajo. Así que decidió enseñárselo a sus padres.

—Mami, papi, miren lo que he hecho.

Laura esperaba que su mamá y su papá se pusieran tan contentos que estaba segura que ahora sí la inscribirían en el colegio.



—¡Pero... si está al revés! —dijo su mamá en tono árido—. Hay que ver que nunca pones atención a lo que haces.

La niña tenía muchas ganas de llorar. No obstante, esperó que su papá —como de costumbre— la defendiera.

—Mi amor —dirigiéndose a su esposa—, no seas ignorante. Recuerda que la niña tiene dislexia. Por eso, no ha entrado, ni entrará, al colegio hasta que reciba ayuda especializada.

Laura estaba asustada. Ella no sabía qué era dislexia. Pensó que era una enfermedad espantosa. Pensó que, si iba al colegio, se la contagiaría a todos. Empezó a gritar, a llorar y a patear como si la estuvieran electrocutando.

—¡No me quiero morir! ¡No me quiero morir! ¡No me quiero morir! —Laura

estaba fuera de control.

—¿Ves lo que has hecho? —reclamó el papá a la mamá—. Cálmate, mi Toti — así le decía de cariño—. Estoy seguro de que tienes una razón válida para haber escrito al dos al revés.

Laura estaba indignada. Pensó:

—Me estoy muriendo de una enfermedad, de una cochina, marrana enfermedad y me preguntan por qué escribí el dos al revés.

—¿Qué pasó? —prosiguió su papá con compasiva mirada—. Fue que no pudiste ver bien el número dos, ¿verdad?

Laura ya no estaba triste ni asustada, más bien estaba ofendida. Echaba truenos por los ojos y lava hirviendo por la boca. Su cabello rizado estaba tan tenso que se volvió liso.

—¿Acaso yo estoy ciega? —le reprochó—. Yo sí lo vi muy bien. Lo que pasa es que yo le pedí que posara al revés por dos razones: primero, por que es más divertido y segundo, porque es más difícil. Además, yo no tengo la culpa. Ustedes no me dijeron en qué pose lo querían. ¿Acaso yo soy adivina? —las pecas de Laura parecía que se iban a disparar de su cara.

—¡Qué falta de educación! —espetó su mamá—. ¿Ves lo que logras con tanta consentidera? —le reclamó al papá.

El papá miró a la mamá con recriminación. Y estaba a punto de responder al ataque. Laura sabía que sus padres no eran capaces de resolver una situación de manera adulta y razonable. Así que decidió intervenir.

—Disculpen mi falta de respeto —se apresuró a decir—. Lo único que quisiera saber es cuál pose quieren que tome el dos. Por favor, que sea una pose fácil porque si no, se cansa y se mueve a cada rato.

—Pues, queremos que lo escribas al derecho. Es lo lógico —alardeó su mamá.

—Sí, mi Toti. Y hazlo lo mejor que puedas. No te vayas a esforzar mucho — completó su papá.

El humor de Laura cambió de repente. Estaba tan contenta al pensar que de nuevo conversaría con el número dos, que se le olvidó lo de la dislexia. Mientras se alejaba a su habitación, escuchó que su papá le decía entre dientes a su mamá: «¿Quieres traumatizar a la niña?».

Capítulo V

No compares al pétalo con la hoja

—¡Número dos! —gritó Laura al cuaderno de caligrafía para despertar al dos quien estaba tomando una siesta.

—Dígame, señorita, ¿ya mi retrato está en una galería? —bromeó tiernamente el número dos.

—Pues, no. No creerás que a mis padres no les gustó ni un poquito partido por la mitad.

—La verdad, no me sorprende mucho. ¿Qué saben ellos de arte? —repuso el dos para animarla.

—Creo que muy poco. Ahora pretenden que te dibuje derecho.

—¡Tonterías! No dejo de ser un dos por posar al revés en un retrato —el número dos estaba muy molesto—. ¡Qué quisquillosos son tus padres! Deben ser del signo virgo o escorpio —hay que recordar que el dos estuvo también en libros de astrología.

—¿Qué cosa? —preguntó su amiga con voz desesperada, ya que no lograba entender.

—Nada, hija —el dos recordó que hablaba con una niña pequeña—. Sólo me preguntaba cómo era que querían tu papá y tu mamá que yo posara.

—Te quieren derecho. Es decir, recto —respondió sin titubear.

Al escuchar esto, el dos se estiró lo más que pudo hasta quedar derecho. Lo cual le costó mucho, ya que tenía mucho tiempo sin hacer ejercicios. Primero, tuvo que trotar para calentarse. Luego, le pidió al número uno que lo tomara por un extremo y a Laura por el otro para ayudarlo a estirarse un poco. Esto le hacía muchas cosquillas al principio; pero, finalmente, pudo estirarse completamente sin ayuda.



—No quiero ser pesada y llisquillosa como mi mami y mi papi. Pero ahora no pareces un dos. Sólo eres un palito con otro palito pegado abajo.

El dos quería corregir el error de Laura al decir llisquillosa en vez de quisquillosa. Sin embargo, pensó que ella ya había tenido suficientes correcciones por ese día.

—Tus padres me quieren derecho. Eso quiere decir recto o sin curvas —el dos no aguantaba estar tan estirado—, y apúrate que no puedo estar así por mucho tiempo.

—Pero es que te pareces a la letra ele —Laura se dio cuenta enseguida de eso.

—¡Un momento! No compares al pétalo con la hoja —el dos ardía de cólera—. ¿No te das cuenta que me ofendes? Si yo tuviera orejas me las lavaría en el río por lo sucias que estuviesen ante tal vilipendio. Además, que quede asentado que esta pose me fue impuesta...

A la chiquilla ya no le sorprendían este tipo de comentarios; pero aún no los comprendía. Así que decidió interrumpirlo antes de que terminara.

—Mil perdones, su majestad —dijo Laura con ironía—. Te dibujaré al derecho, pero presiento que eso no le va a gustar a mis papás.

—¿Por qué? ¿Acaso no fue lo que pidieron? —acotó el dos de manera tajante— ¿Quieren un dos derecho? Pues, les daremos un dos derecho.

El dos se volvió a estirar para posar derecho porque con la discusión había tomado su forma original. Para Laura todo fue mucho más fácil que para el dos. El dos sudaba sin cesar y sentía que, en cualquier momento, se enrollaría como el cabello rizado de la niña.

—¡Quédate quieto! —decía la niña impacientemente—, ya me falta poco.

Una vez terminado el trabajo, el paso siguiente era la aprobación de sus padres. El papá de Laura había salido. Así que sólo pudo enseñarle el dibujo a su mamá.

—¡Mami, aquí está el dos derecho!

—¿Y qué pasó con las curvas? Eso parece una ele —dijo su mamá tratando de contener la decepción al ver el dibujo.

Laura sabía que el retrato no era copia fiel del dos, pero somos testigos de que no era su culpa.

—¿Cómo pretendes que haga un dos derecho con curvas? Las curvas no son derechas, son torcidas —eso era algo que nadie podía negar.

—Cuando te dije al derecho, me refería a... Bueno, a... —la mamá no sabía cómo explicarse—. Me refería a que el dos no estuviese de cabeza. Sí. A eso me

refería.

—Ja, ja —Laura dijo en tono burlón—. ¿De dónde sacaste la idea de que el dos tiene cabeza? Que los números piensen no quiere decir que tengan cabeza. Las personas, los animales, sobre todo las vacas, y los alfileres, sí tienen cabeza. Claro que las cabezas de las personas tienen más ideas que las cabezas de los animales y de los alfileres. ¿Acaso tú no sabías eso?

La mamá de Laura se estaba impacientando.

—¡Yo sé que el dos no tiene cabeza! Lo que quise decir fue que escribieras al dos con su parte de arriba, arriba y con su parte de abajo, abajo. ¿Entiendes? —peló los ojos para advertirle que estaba a punto de estallar como una bomba.

—¡Claro que entiendo! ¿Acaso yo soy boba? Yo entiendo todo, siempre y cuando me sepan explicar —a Laura le molestaba que le estuviesen preguntando a cada rato si entendía.

Sin embargo, Laura se fue un poco preocupada. No sabía cómo iba a pedirle al dos que posara de una forma tan incómoda.

—Al dos no le va a gustar esa pose. Me imagino, pobrecito. Pero la única manera de poner su parte de arriba, arriba y su parte de abajo, abajo es picarlo en dos —pensó Laura lastimosamente.

La niña no quería cortar al dos en dos. Pero era lo único que se le ocurría. Si me hubiese preguntado a mí, yo tampoco habría hallado otra solución.

Capítulo VI

Arte parte a Marte

—Número dos —dijo Laura en tono dulzón—. ¿Nunca has pensado en lo interesante que sería que te partieras en dos para posar en un retrato?

—¿Has perdido el juicio? —el dos estaba sorprendido—. Está bien que yo sea un dos, pero partirme en dos no debe ser nada fácil y me temo que debe ser muy doloroso.

—¿Tan doloroso como para dejar de hacerlo por tu mejor y única amiga en todo el mundo, quien nunca te delatará y quien siempre te llevará en su corazón? —la chiquilla se puso un poco nerviosa porque presentía que el dos se daría cuenta de sus intenciones.

—No me digas que ahora tus padres quieren que me escribas partido en dos. Hay que ver que ellos tienen unas exigencias muy raras.

De repente el dos se sobresaltó.

—No, no lo haré. Definitivamente, no lo haré. Todavía me duele mi bello cuerpiño por el estirón que tuve que darme hace un rato. No me interesa lo que digas, si sigo adoptando tales poses moriré aunque no tenga cabeza —el dos estaba aterrorizado.

—Pero es que tengo que escribir tu parte de arriba, arriba y tu parte de abajo, abajo —insistió en forma de ruego.

—Entonces, usa tu imaginación —al número dos siempre se le ocurrían buenas ideas.

—OK. Pero no le digas a nadie. Mi mamá odia esa palabra y a mi papá le aterroriza que la use.

—Bueno, no te preocupes. No le diré a nadie y aunque lo hiciera, ellos no me escucharían —aseguró el dos.

A Laura le costó mucho dibujar al dos partido en dos y mucho más le costó poner su parte de arriba, arriba y su parte de abajo, abajo. Hasta que al final lo logró.

—¡Caray! ¿Qué es eso? —bromeó el dos—. ¿Arte abstracto?

Laura le siguió el juego al dos aunque no sabía lo que era arte abstracto. No la culpo. Yo tampoco sé qué cosa es esa.

—No —dijo casi sin aguantar la risa—. Yo creo que ni siquiera es arte porque lo que se parte no vale ni la cuarta parte de una piedra en alguna parte de Marte.

El dos nunca había estado en un libro de trabalenguas. Era la primera vez que había escuchado algo tan gracioso. De tanto reírse, el dos casi se parte en dos de verdad.



Capítulo VII

Demasiado inteligente

Laura se sentía muy orgullosa de su trabajo a pesar de que le parecía muy cómico.

—Mami, mira al dos con su parte de arriba, arriba y con su parte de abajo, abajo —la niña se irguió esperando recibir una felicitación.

Al mirar el nuevo retrato del dos, la mamá de Laura se enfadó mucho.

—¡Me rindo! —exclamó—. ¡Hazlo como tú quieras! ¡Tú ganas!

Laura no sabía cuál juego había ganado. Sin embargo, ella no iba a perder la oportunidad de reclamar su premio.

—¿Y qué me gané? —Laura se moría por saberlo.

Su mamá la miró a los ojos con toda la ira del mundo. Y vio un brillo de esperanza tan refrescante que ya no pudo estar molesta. Tenía mucho tiempo que no miraba los ojos de su hija. Sólo miraba los reportes de la psicopedagoga y del psicólogo. También se la pasaba mirando cada error que cometía. No obstante, ella no había olvidado cómo alegrar el corazón de su pequeña.

—¿A que no adivinas qué te has ganado por tan original trabajo? —anunció con un toque de suspenso.

—¿Un abrazo? —preguntó con los brazos ampliamente abiertos.

—Eso no es algo que tengas que ganarte. Es gratis y todas las veces que quieras —luego, la abrazó.



—¿Qué es, entonces? —inquirió Laura dando saltitos como si tuviera ganas de ir al baño.

—Usted, señorita, se ha ganado la inscripción para el año que viene en el colegio que usted quería —sonrió.

—¿En el colegio del patio grande?

—En el colegio del patio grande...

—¿Y por qué no este año? ¿Todavía no estoy preparada? ¿Es que debo ser más inteligente? —Laura quería comenzar hoy mismo el colegio.

—No, mi cielo. Tú sí estás preparada para ir a la escuela, pero creo que la escuela aún no está preparada para una niña tan inteligente como tú...

La mamá de Laura tenía temor de mandarla a un colegio para niños «normales». Tenía miedo que le hicieran daño.

—Por lo menos, lo intentará. Espero que le siga gustando la escuela después de haber entrado a ella —pensó.

Capítulo VIII

El premio mayor

—¿Qué pasó? —preguntó el dos esperando escuchar malas noticias.

—¡Ganamos! —gritó Laura efusivamente—. Si supieras... Todo era un juego para ver quién aguantaba más. Nos pedían que hiciéramos esas cosas tan locas para ver si nos rendíamos primero. Pero ¡qué va! Mi mamá se rindió más rápido que naguará. Y hasta me dio un premio.

—¿En serio? —el número dos estaba enormemente asombrado.

—Sí. Al principio, yo pensé que era un abrazo; pero los abrazos son gratis y todas las veces que uno quiera. Entonces, no era un abrazo. Pero, de todas formas, mi mamá me estrujó suavemente. Yo me sentí muy feliz porque uno no se entera todos los días de que tiene el derecho natural a ser amapuchado. Además...

—Excúseme —interrumpió el dos—. Lamento interferir con su cautivante relato, pero me parece que aún no me ha dicho lo que le dieron de recompensa.

—¡Ah, sí! —exclamó Laura—. Pues, déjame decirte que estás hablando con una niña que entrará al colegio el próximo año.

—¿Ese es el premio? —el dos estaba un poco confundido.

—¡Sí! —gritó la chiquilla con mucha alegría.

—¡Vaya! Para muchos niños, eso sería un castigo. Pero, si a ti te gusta, entonces, te felicito. Te congratulo doblemente: porque vas a la escuela y porque *quieres* ir a la escuela.

—¡Gracias mil!

—Por cierto, ¿Y mi premio? Estarás de acuerdo en que fui yo quien sufrió más con este jueguito...

Laura se dio cuenta de que no había premio para el dos. Así que decidió improvisar uno.

—Tu recompensa es muy fácil. Es algo muy interesante. Es algo invisible, es decir, que no lo puedes tocar.

—No lo puedo ver —corrigió el dos.

—Bueno. Tampoco lo puedes tocar. Pero es algo muy súper. Algo que todos quieren tener. Es algo que no tiene tamaño ni tiempo de vencimiento. Si no te gusta, te lo cambio por otra cosa.

—Déjate de rodeos y dime qué me gané.

—Ya te lo dije. ¿No te acuerdas? —Laura trataba de ganar tiempo, ya que todavía no sabía lo que diría.

—¿Qué cosa? ¿Eso que es invisible, no se puede tocar, no tiene tamaño ni tiempo de vencimiento y que puedo cambiar por otra cosa si no me gusta?

—Exactamente. Se nota que me has estado prestando mucha atención —dijo la niña con una sonrisa forzada.

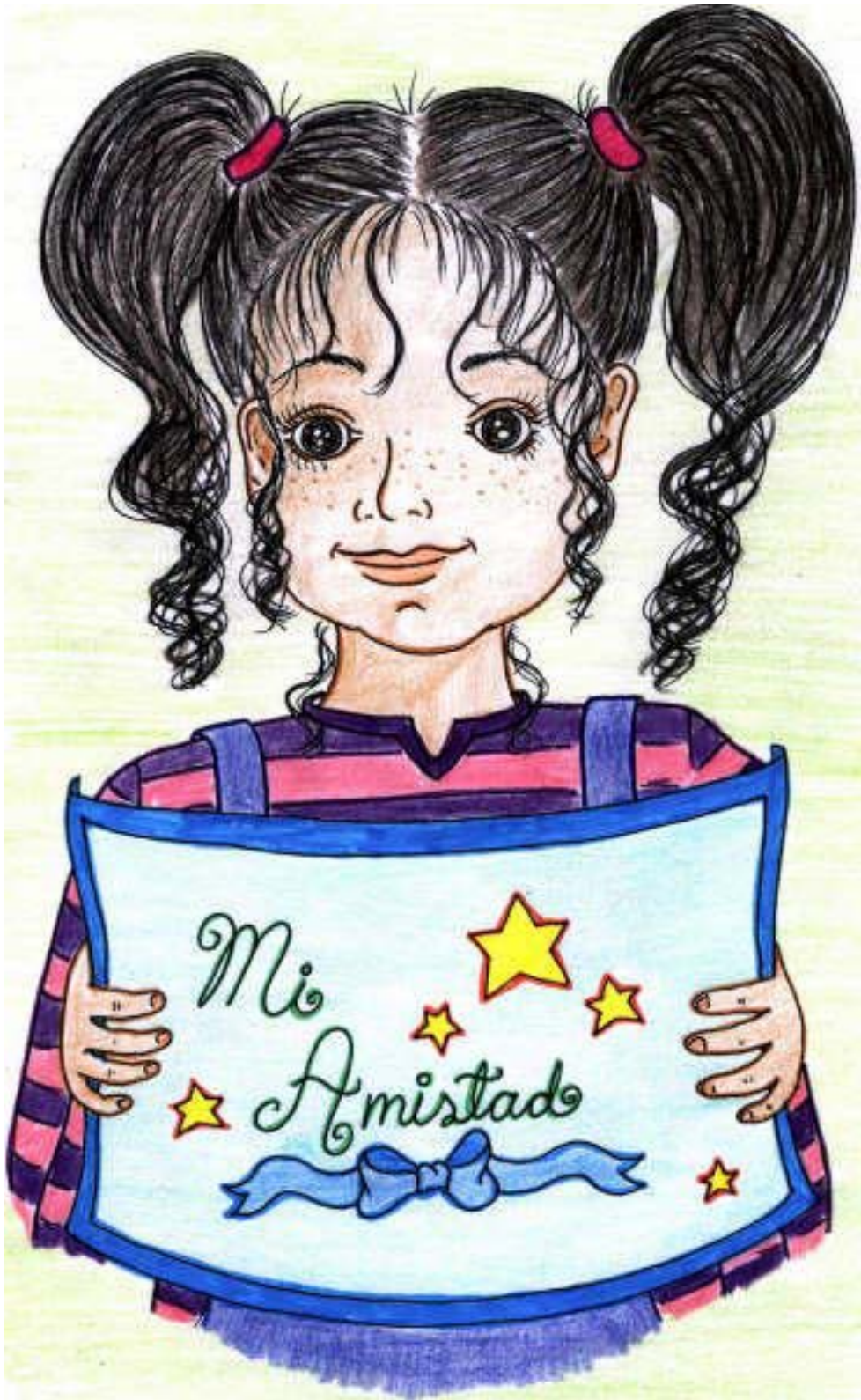
—Ajá. ¿Y para qué sirve?

—¡Qué bueno que me lo preguntas! ¡No veía la hora en que lo hicieras! Eso sirve para... bueno... para... tú sabes ¿no?... ¡Ah! —a Laura se le ocurrió una idea—. Eso te sirve para lo que tú quieras que te sirva.

—¡Vamos! No inventes. Ya sé que no hay gratificación para mí. Imagínate. No existe una cosa con tales características y que, de paso, te sirva para lo que tú quieras.

—¡Claro que sí! Esa cosa es mi amistad eterna y entera —Laura sabía cómo salir triunfante de cualquier situación embarazosa.

—Entonces creo que me llevé el premio mayor —puntualizó el dos.



Capítulo IX

Mirada musical

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó el dos un poco aburrido.

—Mi mamá dice que puedo retratarte como yo quiera —comentó Laura a manera de sugerencia.

—Espero que no sea otro de sus juegos locos —rió el dos con fuerza.

—Bueno. En algo tenías razón. Mi papá es escorpio y mi mamá es virgo. Así que no te extrañe que sea una de sus exigencias pistillosas —reventó Laura de la risa.

—Se dice quisquillosa... —el dos no pudo seguir hablando. El pobrecito explotó en carcajadas. Ya no parecía un número. Mas bien, parecía un resorte loco, desatado y desenfrenado.

—Por favor, no sigas —rogó su menuda gran amiga—. Si me río un poco más, voy a tener que comprarme una cara nueva.

—OK —acordó el dos—. ¿En qué estábamos? —logró preguntar después de cansarse de tanta risa.

—Iba a retratarte como yo quería.

—Está bien. ¿Qué pose se te antoja en este momento?

—Ninguna. Sé tú mismo. Me gustas tal cual eres.

Ciertamente, el dos se veía mucho más guapo cuando no adoptaba poses. También se veía mucho más feliz. Laura no demoró mucho en escribirlo, debido

a que su mano había practicado bastante.

—¡Bellísimo! —el dos estaba muy contento—, es hora de que me escribas en el cuaderno de caligrafía —anunció ceremoniosamente.

—Lo sé —dijo Laura con seguridad—, pero quisiera que fueras tan feliz como yo lo soy ahora. Me gustaría hablar con los jueces de los números y convencerlos de que te den libertad condicional en un libro más importante. Confío en que ellos me escucharán porque soy una niña que irá a la escuela el año entrante.

—Ya no quiero estar en un libro más importante.

—Pero si tienes mucha experiencia.

—Así es. Y la experiencia me ha enseñado que las personas que leen esos libros nunca te toman en cuenta. Ni siquiera se preocupan por conocerte.

—No te creo —Laura estaba atónita.

—Créeme. Ellos sólo te analizan. No hablan contigo, teorizan sobre ti. No son capaces de amarte, sólo te estudian. En vez de abrazarte cuando tienes frío, se ponen a explicarte los cambios climáticos. Nunca los verás llorar o reír con un poema, siempre los encontrarás contándole las sílabas y buscándole los recursos literarios —el dos hablaba muy en serio.

—Pero eso no puede ser verdad —insistió Laura aun más aturdida.

—Eso no es todo. Si los ves a los ojos, te darás cuenta de que están secos, áridos. Carecen de luz propia. Son rígidos como la inclemencia, fríos como la apatía. Ni siquiera tienen música.

—¿Música? —preguntó la chiquilla con gran expectación.

—Sí. Me gusta este cuaderno de caligrafía porque desde aquí puedo escuchar la música de tus ojos.

—¿Mis ojos tienen música? —el corazón de Laura latía dulcemente.

—Seguro. Me extraña que no hayas logrado escucharla con esas orejotas tuyas —bromeó el dos.

—¿Y cómo es la música de mis ojos? —Laura se sentía en el cielo.

—Bueno. Eso depende. Si estás triste, es suave y fría como la neblina. Cuando estás molesta es como el rock pesado. Mientras estás alegre es escandalosa y



pegajosa y te provoca bailarla hasta torcerte como el número ocho. En ocasiones, cuando duermes, la música de tus ojos se apaga. Pero, casi siempre, sigue prendida y me acuna.

—¿Y qué música tocan mis ojos ahora? —la pequeña se sentía gigante.

—Pues, es una música cálida y apacible —expresó con exquisito acento.

—Es verdad. Ya puedo escucharla —expresó conmovida.

—Tu voz también es especial —declaró el dos con ansias de dialogar sobre ello.

—¿Mi voz? Todos dicen que mi voz es chillona y siempre me mandan a callar.

—Están todos sordos. No les hagas caso. Tu voz es muy buena amiga mía. Cuando estoy triste, me hace cosquillas para animarme. Y si ella está triste, entonces, le cuento los chistes que tú me enseñaste.

—¿Y ella se ríe?

—¿Acaso no lo sabes?

—Sí. Sí sé. Muy a menudo se ríe, pero, a veces, está tan triste que no puede. No me había dado cuenta de que le contabas chistes a mi voz. La próxima vez, ya podré reírme con ella.

—¿Sabes qué? —preguntó para crear un clima de suspenso.

—¿Qué? —a la chiquilla le parecía que el mundo estaba todo en el número dos.

—Creo que ahora sí estaría dispuesto, si fuese necesario, a partirme en dos por ti.

—Y yo por ti, me tragaría un tarro de alcohol y gasolina con cien agujas puyudas y mil clavos oxidados. Y además, lo haría con gusto y sin rezongueras.

—Siempre tienes que ganar, ¿no? —declaró pícaramente el dos.

La respuesta fue una sonrisa rubí transparente, un guiño violeta claro y un suspiro azul rey...